

# Reproducción

Número 100. — Tomo VI.

25 de Octubre de 1923.

---

Director:

Elias Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

---

*Administración:* BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelaría



---

# Trejos Hnos.

Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Cartetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento  
en la entrega  
de trabajos.



# REPRODUCCION

No. 100 \* 25 de Octubre de 1923 \* Tomo VI

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

---

---

## La tiranía de la mediocridad

por John M. Mecklin

(Norteamericano, profesor de filosofía en la universidad  
de Pittsburgh)

Parece que la tiranía es un fenómeno periódico en las sociedades humanas. Los barbudos personajes del valle del Eufrates, sujetando por el cuello una trailla de cautivos arrodillados, son torvos testigos de las condiciones del mundo en los comienzos de la civilización.

Con el desarrollo de la democracia los hombres descubrieron una nueva forma de tiranía, más poderosa y más insidiosa tal vez que la primitiva. La tiranía moderna tiene siete cabezas, como la hidra de Lerna, tiene miríadas de manos, y la llamaremos Demos, tomando el nombre que le dió

Aristófanes, aquel antiguo y desdeñoso aristócrata.

De Tocqueville describe en un pasaje notable esta nueva forma de despotismo que creía ver delinearse en la democracia americana. Es el despotismo de la mente, nos dice, y no del cuerpo. Los instrumentos de la antigua tiranía eran los grillos, el tornillo que presionaba los dedos, la hoguera y el verdugo. Pero atacaban el cuerpo solamente y no podían subyugar el espíritu. Demos, el tirano moderno, ofrece a sus víctimas libertad material, en tanto que trata de esclavizar su alma. La pena capital era el castigo de la rebelión contra la antigua forma de tiranía. Demos dice al rebelde moderno:

Puedes pensar de manera distinta de lo que yo pienso y seguir gozando de tu vida, de tus riquezas y de todo lo que posees. Mas si eliges este camino debes contentarte con vivir la vida de un extranjero, de un ilota en medio de tu propio pueblo. Tendrás derechos civiles indudablemente, por lo menos de nombre; pero carecerás de la simpatía y sanción de tus compañeros, sin lo cual tales privile-

gios son ociosos por completo. Es posible que trates de obtener gloria y provecho entre tus conciudadanos, pero te serán denegados seguramente por haberte atrevido a colocar tu débil voluntad en oposición a sus deseos. Tienes la libre disposición de tu vida física, pero esto no es incompatible con el aniquilamiento espiritual a manos de la comunidad.

Los asesinatos sociales, políticos y religiosos que se presencian a diario bajo el libre gobierno democrático no son menos trágicos porque no haya efusión de sangre.

Las observaciones de De Tocqueville se referían a la democracia norteamericana de la tercera década del siglo pasado. A lo más era una sombra de democracia, «la esencia de aquello a que se aspiraba», puesto que toleraba la esclavitud. Sin embargo, con todas sus imperfecciones y contradicciones, la democracia norteamericana tenía ya consciencia de sí misma; se había vuelto intolerante y aun tiránica. De Toqueville escribía a este respecto:

El más pequeño reproche irrita su sensibilidad, y la chanza más ligera la indigna si tiene algunos visos de verdad; todo en ella debe ser motivo de encomio, desde su

estilo literario hasta las virtudes más sólidas de su carácter. Ningún escritor, por eminente que sea, puede escapar al tributo de adulación a sus conciudadanos. La mayor parte vive en perpetua práctica de la propia alabanza, y hay ciertas verdades que los norteamericanos jamás conocerán sino por los extranjeros o por la experiencia.

El alcance de la crítica de De Tocqueville será más claro si analizamos algo más detalladamente la situación. Existen ciertos principios generales de distribución del estrato social, de acuerdo con los cuales se encuentra en el nivel superior un pequeño grupo compuesto de los hombres de genio y de talento que aspiran a formar el elemento dirigente en todas las comunidades. En el plano inferior se encuentra el ignorante, el iliterato, el proletario; y en el más bajo de todos, el defectivo y el criminal. En el espacio intermedio se encuentran las masas que componen las filas y clases de la sociedad. Esta mediocridad numérica predominante es la que gobierna la situación. El representante típico de este grupo es el hombre «mediocre», que en realidad es un personaje simbólico.

Mas en la formación efectiva de las instituciones democráticas se desconocen o eliminan las innumerables diferencias de temperamento, sociales, económicas, intelectuales y aun de clase; de manera que el hombre «mediocre» adquiere enorme personalidad. Conviértese en real mediante la presión del cilindro de vapor de la ley natural de la democracia, o sea la uniformidad. Esta entidad abstracta de la democracia es la que dice la última palabra en el argumento eterno y nos dicta una medida de valores que no tiene apelación. Semejante al becerro de oro del Israel apóstata, es únicamente creación nuestra y, sin embargo, lo veneramos como a nuestro dios.

Los rasgos característicos del hombre «mediocre» nos son completamente familiares. Está dominado por la rutina y por la tradición. Su filosofía de la vida está formada en su mayor parte de los principios convencionales que se escuchan en el púlpito, las reuniones o el despacho. Desconfía en globo de las ideas, especialmente si son modernas; pensar es enfadoso y

completamente innecesario, pues encuentra que una mirada circunspecta a lo que «se dice» resuelve casi todos sus problemas. El orador político que tiene a la audiencia «colgada de sus labios» y el reformador de profesión, a quienes interesa estudiar su idiosincracia, han observado que una hábil alusión a sus prejuicios o a sus ideas hechas, nunca deja de provocar respuesta favorable. El hombre «mediocre» prefiere en conjunto la ortodoxia antes que la erudición en su ministro, la lealtad al partido antes que la ciencia política en los estadistas, la mansa conservación del *statu quo* antes que el mejoramiento social o económico de la comunidad. Es árbitro supremo del Estado y desgraciadamente, según la frase de H. G. Wells, «sufre ceguera política». De otro lado, el hombre «mediocre» no carece de ciertas cualidades redentoras. Si bien es cierto que es superficial y está lleno de prejuicios, estas deficiencias se encuentran quizá bastante compensadas con virtudes sencillas pero de importancia social, como la honradez, el patriotismo y la sim-

patía. Si no es posible contar con él para implantar reforma alguna, todavía está menos dispuesto a convertirse en criminal. Su naturaleza simple y desprovista de artificio pone a disposición de su patria una masa de sentimientos absolutamente sanos y humanos a los cuales se puede apelar con seguridad en las grandes crisis. (1)

Debido al hombre «mediocre» existen nuestras instituciones democráticas. Se supone que han de ser más ideales en esencia mientras mejor reflejen sus opiniones. Es el árbitro supremo en literatura, arte, religión y moral; de allí procede la cuestionable explotación de los primitivos instintos humanos en

---

(1) El autor de este artículo, aquí recortado, no es enemigo de la democracia. Comprende a las claras—y ojalá todos lo comprendieran igualmente—el peligro de la tiranía de la mediocridad, pero no quiere reemplazarla con ninguna otra tiranía. Está abrumado, poseído del vértigo y hasta aterrorizado ante la complejidad creciente de la vida, ante sus trágicas revelaciones del mono y del tigre,—son sus propias palabras,—pero no cree en la sentencia de Sócrates de que la reflexión produce siempre recta acción. Inclinandose, en resumidas cuentas, ante el dios Demos, anhela el advenimiento del día en que sepamos aplicar a la masa media y a sus problemas la observación de Bernard Shaw relativa a la Divinidad: «*No lo compadezcáis. Ayudadla*».

E. J. R.

el cinematógrafo, la glorificación del obscurantismo en el púlpito, el sentimentalismo aparatoso y trivial de la novela vulgar, la agudeza extravagante del coloreado suplemento del periódico del domingo, las canciones totalmente vacías del popular teatro de variedades. Jamás déspota oriental ejerció dominio tan soberano, porque él reina sobre las inteligencias ya que no sobre los cuerpos de los hombres, y no hay apelación posible de sus juicios. Las producciones más selectas del arte plástico y literario aguardan de su fallo omnipotente el derecho de vivir. Los predicadores, los políticos, los anunciadores, maestros y filósofos estudian y ejecutan su voluntad. Es la encarnación de la humanidad moderna. La salvación de la sociedad depende en última instancia de la salvación de la mediocridad.

Agítanse en el pecho del hombre mediocre  
Pasiones que en los siglos ahondaron su  
huella,  
Y el amor y los odios del hombre mediocre  
Son tan antiguos como antigua es la tierra;  
Porque el espíritu humano en cualquiera edad  
Ha ensalzado al Hombre y la Mediocridad.

Con trabajo hemos logrado librarnos como nación de la obsesión de creer que la libertad y la igualdad, sinónimos de democracia, son dones preexistentes, forjados a la medida de la naturaleza humana. Hemos acariciado la idea de que tan pronto como nos hayamos desprendido de ciertos estorbos que mantienen sujeto el espíritu del hombre, tendrá lugar la marcha triunfante hasta la meta. Olvidamos la circunstancia de que la democracia es solamente una de las muchas soluciones del antiguo problema del mundo: vivir juntos en un orden social que asegure el desenvolvimiento más brillante de la entidad humana como valor, y que provoque la menor resistencia posible. Con amarga desilusión ha ocurrido a muchas personas la idea de que un despotismo ilustrado y honrado puede establecer normas de perfeccionamiento científico y eficiencia social que jamás democracia alguna haya podido efectuar. Muchas se han preguntado si una burocracia alemana benévola y presciente no sería preferible al feudalismo industrial y a la

tiranía ignorante aunque bien intencionada del hombre «mediocre». Necesitamos aprender todavía la verdad del axioma de Sir Henry Maine: «La democracia es la más difícil de todas las formas de gobierno».

No puede decirse, en consecuencia, que la tiranía del hombre «mediocre», por más que exista en realidad, se debe a malicia premeditada. Necesitamos, por el contrario, buscar su explicación en las dificultades inseparables de la democracia misma. Lo que constituye el poder de la democracia, el secreto de su influencia sobre el corazón de los hombres, es precisamente el mayor obstáculo para su eficiencia. La democracia es, en último análisis, un *estado de la mente*. Consiste en ciertos ideales, extremadamente vagos e intangibles en su mayor parte, que necesitan ser apreciados inteligentemente por todos y convertirse en base de la acción colectiva. Por extraño que parezca, esta misma *unidad de pensamiento*, tan esencial a la eficiencia de la democracia, puede destruirla. Porque, des-

arrollándose en el individuo esta unidad de pensamiento por medio de la educación, las instituciones sociales y el inconmensurable poder sugestivo de millones de conciudadanos tienden a destruir la iniciativa personal. La uniformidad de lenguaje, las costumbres sociales, instituciones políticas, la educación y el arte se combinan con la simple expansión geográfica del país natal para constreñir al individuo a vestir la librea de la uniformidad. Según lo expresa Bryce:

Por todos lados se extiende ante sus ojos un horizonte ilimitado; y bajo la bóveda azul que cierra este horizonte, la misma atareada multitud se agita en todas partes con el clamor confuso que el hombre escucha en torno suyo. En medio de esta multitud siente que su propio ser se desvanece. Experimenta la sensación de insignificancia que nos abruma al contemplar en la noche las huestes del firmamento, sabiendo que nuestro planeta es invisible aun desde la más próxima estrella fija.

Así nace la actitud fatal que procede de la abrumadora sensación de la multitud. La legítima y necesaria convicción democrática de que la ma-

yoría debe gobernar llega con el tiempo a convertirse en la creencia de que sus decisiones son eternamente justas y que es reprobable, por consiguiente, toda rebelión contra ellas.

Este respeto por la opinión de la multitud produce un efecto psicológico de sutileza y poder incalculables sobre el pensamiento y la vida de los Estados Unidos. El respeto por la opinión pública está tan hondamente impreso en nuestra vida nacional que es poco menos que un fetiche. Las declaraciones de la mayoría han asumido gradualmente para nosotros mucho del carácter indefectible de las leyes de la naturaleza. Desafiar la inteligencia o las resoluciones supremas de la mayoría es tan fútil como argumentar sobre la gravitación o discutir la precesión de los equinoccios. Incuestionablemente la más poderosa de todas las formas de tiranía es la del hombre «mediocre», por ser la más sutil. A causa de esta veneración fatalista por la voluntad de la multitud, el hombre «mediocre» se convierte en la apoteosis democrática de la sabiduría para todos los fines prácticos. Su fuerza re-

side en su cualidad de intangible. Nunca podemos encontrarle cara a cara; nunca podemos acorralarle con un argumento. Es una entidad espiritual, y habita únicamente en el alma de los hombres, aunque su mano ubicua y todopoderosa forja nuestro destino individual. La sutil tenacidad y difusión de su influencia nos lleva a la creencia de su infalibilidad. Ninguna alternativa moral podría traspasar el horizonte de su consciencia. A causa de su fe religiosamente ingenua en la sabiduría del hombre «mediocre», el ciudadano de los Estados Unidos acude a las ánforas, deposita su voto y saborea en seguida sus «vacaciones morales». Rara vez perturba la paz de su alma la idea de que pudo haber formado irremediablemente parte de la minoría. Su actitud mental corre parejas con la del teólogo de la edad media que estaba dispuesto a merecer el anatema por la mayor gloria de Dios.

En su leal homenaje a la voluntad de la mayoría, el ciudadano de los Estados Unidos da simplemente expresión a rasgos profundamente humanos.

Para la gran mayoría de los hombres es mucho más natural obedecer que rebelarse. Además, es conveniente que una gran comunidad, tratando empeñosamente todavía de conocerse a sí misma y desconcertada por los clamores estridentes de intereses opuestos, tenga un tribunal supremo de apelación. Los hombres no pueden vivir únicamente de controversia y argumentación. El peligro reside, sin embargo, no ya en el rechazo de toda autoridad sino en la demasiada condescendencia. Bryce observa que los norteamericanos toman el retardo de un tren o la detención de un tranvía a causa de algún camión estacionado en la puerta de su depósito, con mucha mayor filosofía que los ingleses. Esto no es sino un ejemplo de las innumerables formas en que el hábito de aquiescencia continua a la voluntad de la mayoría tiende a desalentar la iniciativa personal y a colocar a la generalidad de los ciudadanos a la merced del *statu quo*. En teoría tenemos una prensa libre dedicada a expresar sin trabas la opinión de un pueblo libre. Pero en los centros

industriales donde las fuerzas directivas son en su mayor parte económicas, nuestros grandes diarios expresan las ideas de los intereses económicos predominantes o se conforman, por lo general, con representar el papel de simples noticieros. Si deseamos encontrar crítica ilustrada en estas cuestiones, habremos de buscarla en las publicaciones científicas o en las columnas de las revistas independientes semanales o mensuales. En las comunidades protestantes poderosas se levantan a menudo objeciones contra el nombramiento de católicos como ayudantes en liceos e instituciones del Estado. El propagandista popular en cualquiera comunidad, sea protestante, sea católica romana en su mayor parte, lanza su jerga religiosa contra el crítico más importante, por un lado, y contra el proscrito unitario por el otro, sabiendo bien que ambos son *personæ non gratae* a la mayoría de sus oyentes. Permítase así que el respeto por las creencias de la mayoría tiranice el pensamiento de la minoría, violando nuestras más preciadas tradiciones de libertad espiritual.

Aunque firme campeón ostensiblemente de la libertad espiritual, el hombre «mediocre» es en el fondo intolerante con las nuevas ideas. La libertad de palabra forma indudablemente parte convencional de las tradiciones democráticas. Hay libertad, por ejemplo, de criticar la vida privada de un candidato político aun hasta el extremo de hacer circular escándalos con toda claridad. El ministro mediocre del protestantismo ortodoxo no tiene la libertad de repetir a su congregación los hechos desnudos del Antiguo Testamento, conforme han sido establecidos por los críticos. El hombre «mediocre» puede quizá alargar su concepción de la tolerancia hasta escuchar argumentos contra la inmortalidad del alma o en favor de los derechos de la mujer; pero análoga libertad de palabra sobre la monogamia, regulación de la generación, el derecho de la propiedad privada, las tarifas protectoras, gremios de obreros o distinción de razas, en las secciones que con ello se relacionaran, provocaría un torrente de desaprobación y de intolerancia abusiva. La

libertad intelectual parece afectada a consecuencia de ciertas deficiencias inseparables de la democracia misma. De Tocqueville arguye que la democracia estimula el conocimiento superficial por el hecho de que el ciudadano necesita pronunciarse sobre las más profundas cuestiones sociales, económicas y políticas, en el ejercicio de sus derechos soberanos como miembro de una democracia. Cae así inevitablemente en el hábito de raciocinar con ideas hechas. Esto significa el sometimiento de la independencia intelectual. Además, el hombre «mediocre» se siente desazonado con las ideas nuevas. Las ideas nuevas sugieren posibles y perturbadores cambios en el orden social; el hombre «mediocre» no tiene probablemente el tiempo ni la habilidad necesarios para reflexionar por sí mismo, *y prefiere los males conocidos a las cosas buenas por conocer*. De aquí que sea permitido dudar muy seriamente si en los importantes eventos nacionales procura alguna vez de buena fe el hombre «mediocre» comprender a fondo el principio que se discute. Por tal razón

su criterio en asuntos que implican conocimientos técnicos es a menudo un obstáculo para la eficiencia social, mientras en cuestiones puramente morales su opinión es inapreciable. De otro lado, el hombre «mediocre» se encuentra aturdido en el estrecho margen entre la idea y la acción que dejan siempre las condiciones vacilantes e inciertas de la democracia. Tenemos muy poco y quizá ningún hábito social o tradiciones que estimulen la vida de la reflexión. La generalidad de nosotros, especialmente en los grandes centros industriales, se ve precipitada desde la cuna al sepulcro en la confusión enloquecedora de una civilización torrencial que jamás se detiene para observar su rumbo o para averiguar el significado de la vida. Careciendo del tiempo y de la inclinación para pensar, el hombre «mediocre» es refractario a la meditación. Para él todo pensador es un rebelde en ciernes, un posible perturbador de la paz. Supuesto que únicamente la reflexión da al hombre la apreciación de valores y el sentido de la perspectiva, no es sorprendente que el

hombre «mediocre», careciendo de estas cualidades, carezca asimismo de aplomo. Es el títere desdichado del imperiosa y eterno *presente*. Sólo la imaginación puede emanciparnos de la tiranía de lo actual, del aplastamiento, de la inmediatez enloquecedora del hecho brutal.

Quizá el rasgo distintivo más desconsolador del hombre «mediocre» en la democracia de los Estados Unidos es lo que se ha calificado de «ceguera política». La tiranía es rara vez inteligente, pero la más intolerable de todas las tiranías es aquella que se basa en la ignorancia y en el encallecimiento de la indiferencia. La «ceguera política» es congénita de nuestra democracia. La política es solamente un mal necesario para la generalidad de los norteamericanos. El mecanismo verdadero del Estado, los caudillos políticos, los partidos, programas, lemas de partido, interesan muy poco al ciudadano de los Estados Unidos; con mucha frecuencia suscitan en su ánimo sentimientos de burla o de desdén. En el fondo es patriota. Pero el Estado que solicita este patriotismo es una

entidad vaga e idealista que tiene tanta relación con la política como la ética del sermón de la montaña con las «reglas del juego» en los negocios. Estos ideales confusos encuentran expresión en la celebración del cuatro de julio o son evocados por el nombre de Lincoln o la vista de la bandera. Rara vez y nunca quizá procuran fuerza dinámica moral para luchar con problemas inmediatos de la situación política.

El norteamericano mediocre se jacta de su energía, de su astucia para los negocios, de su eficiencia industrial; pero en muchos casos su estupidez cívica deja al mundo estupefacto. No advierte que *el depravado caudillo de partido a quien año tras año vuelve a colocar en el puesto*, no solamente es una mala autoridad, desde el punto de vista de su actuación política, sino que su influencia degrada el sentido moral de toda la comunidad. No advierte que por su negligente sumisión, cuando individuos poco escrupulosos explotan las franquicias ciudadanas, rebaja el respeto moral de la ciudadanía y hace más difícil la lucha

económica para todos incluyéndose a sí mismo. No advierte que el marco indispensable para una noble y digna ciudadanía lo constituyen calles limpias, eficaz servicio público, empleados pundonorosos y conciencia sensible de la colectividad. Sin estas condiciones no puede existir orgullo cívico, y sin orgullo cívico jamás podrá un hombre realizar buena labor, ya sea artista o peón de albañil. No es posible imaginar un Miguel Ángel sin Florencia o un Fidias sin Atenas. La dura y cruel alternativa «trabaja o muere de hambre», que nuestro sistema industrial militante propone al que lucha por la existencia, es trágica por la mezquindad de su egoísmo. Olvida que trabaja mejor aquel que ama su labor y que esto es imposible sin el sentimiento de la dignidad social.

Hay en el trabajo del Prof. Mecklin una contradicción que mis tijeras no han podido hacer desaparecer. Si la reflexión no es condición de la acción recta; si en cuestiones puramente morales la opinión del mediocre es de un valor muy estimable, ¿cómo sostener por otro lado que «únicamente la reflexión da al hombre la apreciación de valores y el sentido de la perspectiva»?

E. J. R.

# Chimeneas en el Edén

por Charles Merz

## II

Mr. Peffer y yo hemos entrado tan a menudo en este terreno, manteniendo un activo pugilato en algún rincón apartado, que, al traer a la prensa nuestro cordial desacuerdo, parece como si saliéramos, disputando todavía, de un portal obscuro al medio de la calle llena de gente. Mas mis últimas palabras, dichas, según creo, simultáneamente con otras de Mr. Peffer, eran que si no es posible tener maquinaria sin uniformidad, no cabe duda de que la China de Mr. Peffer demuestra que es posible tener uniformidad sin maquinaria. Paréceme que nadie, a no ser un acérrimo enemigo de todo cambio, discutirá en conjunto las censuras de Mr. Peffer contra la edad de las máquinas en su fase presente. En cuanto a mí, estoy casi por completo de acuerdo con él, siempre que se detenga en este punto. Pero, en primer término, me desazona que Mr. Peffer le dé, sin percatarse de

# Chimeneas en el Edén

por Charles Merz

## II

Mr. Peffer y yo hemos entrado tan a menudo en este terreno, manteniendo un activo pugilato en algún rincón apartado, que, al traer a la prensa nuestro cordial desacuerdo, parece como si saliéramos, disputando todavía, de un portal obscuro al medio de la calle llena de gente. Mas mis últimas palabras, dichas, según creo, simultáneamente con otras de Mr. Peffer, eran que si no es posible tener maquinaria sin uniformidad, no cabe duda de que la China de Mr. Peffer demuestra que es posible tener uniformidad sin maquinaria. Paréceme que nadie, a no ser un acérrimo enemigo de todo cambio, discutirá en conjunto las censuras de Mr. Peffer contra la edad de las máquinas en su fase presente. En cuanto a mí, estoy casi por completo de acuerdo con él, siempre que se detenga en este punto. Pero, en primer término, me desazona que Mr. Peffer le dé, sin percatarse de

ello, un carácter romántico a su disyuntiva; y, en segundo término, lejos de ser único en este sentido, es representante típico de una escuela cada día más numerosa de escritores modernos. Si existe un nuevo industrialismo, no muy firme todavía sobre sus pies, existe también un nuevo romanticismo, el cual, en cierto modo, encuéntrase en una situación análoga.

Considérese esta cuestión de la uniformidad de cuya introducción se acusa a la edad de las máquinas. A todos nos toca nuestra parte de responsabilidad en ella. Sinclair Lewis la describe con bastante exactitud en su libro *Babbitt*:

Así como era socio de los Elks y de los Boosters y miembro de la cámara de comercio, así como los ministros de la iglesia presbiteriana determinaban sus creencias religiosas y los senadores que dirigen el partido republicano decidían en Washington, en salitas llenas de humo, lo que debía pensar acerca del desarme, de los aranceles y de Alemania, asimismo los grandes anunciadores de su patria determinaban la apariencia exterior de su vida y fijaban lo que él creía que era su individualidad. Aquellas mercaderías uniformemente avisadas—pas-

tas dentífricas, medias, corbatas, cámaras fotográficas, calentadores instantáneos de agua—eran sus símbolos y los testimonios de su excelencia. Primero los signos y, luego, los substitutos del gozo, de la pasión, de la sabiduría.

¿Es esto bastante cierto? Probablemente sí. Pero, ¿qué decir de los babbitts chinos? Aldeas y aldeas, a lo largo del valle del Yang-sé, son tan parecidas unas a otras como dos gotas de agua: parias que trastabillan, a modo de bueyes bajo cargas de piedra; mujeres que caminan difícilmente, con sus pies constreñidos, a trabajar durante diez y seis horas en una tarea que un automóvil de tracción podría realizar en sesenta minutos; niños que se dirigen llenos de cansancio a la choza doméstica, tan uniforme treinta millas arriba como treinta millas abajo de Chang-hai. ¿Dónde se encuentra allí la diversidad? En los jardines, sí. El hidalgo chino, distante de las máquinas que rodean a Babbitt, encuéntrase en mejores condiciones para conservar su individualidad. Pero, ¿y la gran muchedumbre que se ahoga de calor afuera? La abyección de la

miseria puede ser una causa igualadora tan eficaz como la misma maquinaria de la industria. Ni lo moderno ni lo antiguo pueden, por el hecho de serlo, escapar a esa influencia. Los seres felices de este mundo son los campesinos que poseen una tierra fértil que cultivar, los sabios con fortuna propia, los millonarios que empiezan a conformarse o . . . . pero de esto hablaremos después.

Considérese, repito, la cuestión del obrero individual esclavizado por la máquina. Si se quiere, olvídense a los cien millones de chinos, malayos y parias indios esclavizados por algo más primitivo que una máquina: por la tarea de empujar, arrastrar y levantar unas mismas cosas, día tras día, y véase el grupo mucho menor de los artesanos prácticos. Es verdad que estos son sus propios patrones en mayor proporción que los artesanos de nuestro Oriente contemporáneo. No fabrican perpetuamente una misma parte mínima de una misma estufa o de un mismo cepillo para alfombras. Pueden hacer ensayos al trazar el diseño de lo que van a construir y

pueden escoger sus propios días y horas de trabajo, pero eso dentro de ciertos límites. Llamar «independientes» a estos trabajadores, porque no dependen de la maquinaria, es olvidar que apenas son independientes de nada más. ¿Hasta dónde es independiente un hombre cuando, como dice Mr. Peffer, «tiene siempre por delante la inopia», o cuando, como acaece en la India, porque no existe allí la ciencia moderna, cuatro millones de personas perecen de fiebre todos los años?

Considérese aún la cuestión de la maquinaria como destructora de la belleza. ¿Que hay ciudades pequeñas y feas consagradas a la fabricación de acero, como Duquesne y Braddock? Aceptado. ¿Que hay enormes trechos desolados en las laderas de las colinas, donde han cavado los hombres para extraer carbón o hierro? Sí tal. ¿Y los sitios desolados que aparecen, como cicatrices, en los apacibles valles de China, donde el hambre inexorable ha hecho estragos con su atroz cuchilla? ¿No puede acaso equipararse lo mejor que nosotros poseemos con lo mejor que ofrecen las civilizaciones más vie-

jas? La torre del Woolworth (1) no puede competir con el Taj Mahal, (2) pero sí es el igual de cualquier otro edificio de la India. Y si se arguye que la torre del Woolworth está dedicada al comercio y fué construida por «esclavos del salario», es lo cierto que la mayor parte de los templos de la India están consagrados a la superstición, y fueron construidos por parias sobre cuyas espaldas llovían los latigazos.

Al decir esto, no lo digo tanto en defensa de la estructura actual de la edad de las máquinas, como a manera de protesta contra el romanticismo de la disyuntiva que encontramos en el Asia. Por más real que sea el espectro que nos asusta, poco ganaremos con echar a correr desalados hacia adelante por el camino del tiempo.

Sospecho que Mr. Peffer, por reacción contra las crudezas de la edad

---

(1) Edificio gigantesco de sesenta pisos en la ciudad de Nueva York.

(2) Grandioso mausoleo de mármol que se encuentra en Agra, en la India, y que está considerado como una de las obras maestras de la arquitectura oriental.

de las máquinas, le da un tinte romántico no sólo al Oriente sino también a la naturaleza humana. Yo lo acompaño a deplorar, por ejemplo, que la maquinaria haya acabado con la antigua destreza artística del artesano. Pero es forzoso admitir que si a los médicos de nuestra era industrial se les llama para que asistan casos de agotamiento nervioso producido por la demasiada monotonía del trabajo de las fábricas, es no menos cierto que tienen que atender también otros casos producidos por la excesiva contribución que se requiere de la iniciativa individual; y que si la monotonía es perjudicial para algunos obreros, existe otro tipo de trabajador sobre quien la repetición de cualquier acto ejerce un efecto agradable. Henry Ford, gran caudillo de la producción en grande, acepta que algunas de las operaciones de su fábrica son «indudablemente monótonas, tan monótonas que apenas parece posible que un hombre se avenga a permanecer mucho tiempo en una misma ocupación.» Sin embargo, no en teoría sino en

realidad, hay hombres a quienes eso les gusta al parecer.

Probablemente la tarea más monótona en todos los talleres es una en la cual un hombre recoge un objeto con un gancho de acero, lo mete y sacude en una cuba de aceite y luego lo echa en un cesto. Los movimientos que ejecuta no varían jamás. Los objetos que ha de recoger aparecen siempre exactamente en un mismo sitio, le da a cada uno de ellos un número igual de sacudidas y lo deposita en un cesto que está siempre en un mismo lugar. Para eso no se necesita energía muscular ni inteligencia alguna. Todo lo que hace es mover sus manos suavemente de aquí para allá, pues la vara de acero que maneja es sumamente liviana. Y, sin embargo, el hombre que desempeña esa tarea ha estado desempeñándola ocho años arreo. Ha ahorrado dinero y lo ha invertido con provecho, de modo que hoy día tiene cuarenta mil dólares, pero resiste con testarudez a toda tentativa que se haga para inducirlo a que acepte un puesto mejor.

Existen en todas partes fábricas que pueden ofrecer ejemplos parecidos. Los hombres no son probablemente más semejantes en su reacción ante la monotonía que en cualquier otro sentido. El hecho de que a un hombre le

guste de veras permanecer haciendo una misma cosa de un mismo modo puede ser culpa de la máquina misma o puede ser resultado de nuestra descendencia del mono desprovisto de espíritu creador, o tal vez de ambas causas. Pero mientras la ciencia de interpretar los deseos no haya profundizado algo más en el lado humano de la industria, poco se gana con confundir el anhelo de que el industrialismo ofrezca mayores oportunidades al espíritu creador con la creencia de que el espíritu creador está presente allí *ahora mismo* en cada individuo, y de que la máquina lo gasta hasta anularlo o lo sofoca a fuerza de monotonía.

Y, en todo caso, ¿qué es la monotonía? ¿Sabemos de positivo hasta qué punto es la monotonía fruto de la clase de trabajo que ejecuta un hombre y hasta qué punto fruto de la circunstancia de verse obligado a ejecutar un trabajo, cualquiera que sea? ¿En qué grado es monotonía del trabajo mismo y en qué grado monotonía resultante del escaso interés que pone el obrero en lo que pasa fuera y del poco

vagar que tiene para divertirse con ello? La mujer del inquilino de una casa de vecindad tiene que cumplir una labor diaria más variada que la de su marido en la fábrica; tiene que cocinar, barrer, lavar, planchar, atender a los pilluelos mugrientos; pero probablemente los más de nosotros creen que mayores horas de trabajo y menos comunicación con el mundo exterior contribuyen a hacer más penosa la vida de esta mujer que la de su marido.

El alma humana, dotada del don del vuelo, permanece a veces de buena gana a ras de tierra. Somos supermonos y no superáguilas.

En otras de sus censuras de nuestra edad moderna podemos estar de acuerdo con Mr. Peffer: en que la prensa no proporciona regularmente a sus lectores informes desinteresados, rigurosamente imparciales; pero esto, ¿es principalmente el resultado de una era industrial acaso, o entra en ello la disposición del hombre a creer lo que le interesa o le conviene, la misma disposición que abulta las «noticias» que el morador de una aldea china

comunica a su conocido de otra aldea vecina? La mayor parte de los hombres gustan de noticias que halaguen sus prejuicios y favorezcan sus creencias preconcebidas. Lejos de vernos forzados a aceptar las opiniones de los editoriales de la prensa, preferimos, en realidad, que nos las sirvan enteramente aderezadas. Nos someteremos a cualquiera mortificación antes que tomarnos la intolerable molestia de pensar por nosotros mismos.

Esto lo demostramos con nuestra actitud durante la guerra. Mr. Peffer arguye que el industrialismo engendra conflictos internacionales. China, empero, ha tenido sus guerras, tiene una ahora y allí se encuentra, además, el bandolerismo en grandes proporciones. Pero dando por sentado que el industrialismo dilate el frente en que se libran las batallas, concediendo que instigue a los magnates y a los reyes a apoderarse de nuevas presas que de pronto han quedado al alcance de sus manos, queda en pie el hecho de que uno de los motivos por los cuales reyes y magnates consiguen reclutar soldados es la viva emoción de alistarse bajo

la bandera», emoción que puede sembrarse en el pecho de cualquiera generación que ignore lo bastante cuál es la horrenda realidad de lanzarse efectivamente a los combates. Las guerras suelen sobrevenir en ciclos. El oriente puede atestiguarlo así, tanto como el occidente. Quizás el único medio de acabar con la guerra es hacerla superlativa y ostensiblemente onerosa. Y eso, en todo caso, sí pueden conseguirlo las máquinas.

No estoy ni siquiera cierto, por último, de que Mr. Peffer tenga razón en cuanto a esa canción del radiófono, *I am just Wild about Harry*. Sería fácil argüir que la mecánica moderna tiene muy poco que hacer con la selección de los aires de música, y que es más probable que el paria chino, lejos del industrialismo y de sus añagazas, silbe el aire chino que corresponda o equivalga en China al *I am just Wild about Harry*, y no la «danza de Anitra». Pero además de eso, es muy posible que, para los descendientes de los simios, la unidad social sea menos asunto de elevado designio que de sentimentalismo ordinario. Los mensajes del presidente

Harding acerca de la situación nacional; Mr. Calvin Coolidge hablando con gravedad para dos millones de personas entusiastas del radiófono, y el sermón del obispo de Rhode Island, divulgado por los aparatos inalámbricos el domingo en la noche, nada tienen que hacer con el perenne magnetismo de «Mutt»<sup>1</sup> y «Jeff»<sup>1</sup> o con un nuevo aire de las Follies. Los norteamericanos poseemos un rasgo que nos une y asemeja, y es que entre nosotros se encuentra muy difundida la aptitud para apreciar lo que es melodioso y lo que es risible. Si algún beneficio se deriva de que exista la unidad nacional, no es entonces trivial el pormenor de que un millón de personas rían con los «Jiggs»<sup>1</sup> y con «Dinty»<sup>1</sup>, y que la misma música de la canción que granjea fama en Broadway la silben, dos meses más tarde, los pregoneros de periódicos de Spokane, los estibadores de Charleston y el comerciante de Boston que se viste para asistir a la ópera. La estación X. Y. Z., de Chang-hai,

---

(1) Personajes imaginarios de carácter jocoso, que aparecen en las caricaturas de algunos periódicos de los Estados Unidos.

puede acudir en ayuda de la China desgarrada por las facciones comunicando la canción *Silver Threads among the Gold*. (Hebras de plata en el oro). Ni es eso todo. Conviene recordar, asimismo, que si los inventos suelen rayar en lo sublime, contribuyen también a lo ridículo, así sea solamente de un modo eventual. Las ninfas de color de rosa y de naranja que aparecen danzando en los cartelones de anuncios colocados a lo largo de Broadway pueden inspirarnos ciertas dudas acerca del acierto que hubo en aplicar la electricidad a los propósitos del alumbrado; pero esos mismos filamentos que iluminan a Broadway iluminan también la mesa de operaciones donde los cirujanos extirpan el cáncer. Y si el inalámbrico transmite música llena de síncopas desapacibles, también envía, al través del océano, el llamamiento de los náufragos.

Creo que todo eso es verdad; y no obstante, después de haberlo promulgado así, el hecho de que los censores de la edad moderna puedan darle visos románticos a una civilización antigua no sirve de gran consuelo si la edad moderna permanece estática.

Me pregunto si no es éste, precisamente, el punto en que es fácil precipitarse a sacar conclusiones. Mr. Peffer nos advierte que el hombre y sus obras no se deben juzgar por el breve lapso comprendido entre 1800 y 1921; y es justo reclamar que al hombre y a la edad de las máquinas no se les mida con esa misma vara tan corta. Al reparo de Mr. Peffer de que la «educación universal» es sólo «alfabetismo universal,» por ejemplo, la respuesta es obvia: no se llegará jamás a la educación sino por medio del alfabetismo.

La edad de las máquinas apenas se encuentra en su infancia. Es, de seguro, no atinar a ver lejos suponer que su estado actual es algo más que la forma fortuita de una transición todavía llena de confusiones. La edad de las máquinas no tiene nada de estática; es tan dinámica como la misma luz; y la actividad de nuestras propias máquinas puede adoptar un rumbo que destruya más de una premisa enunciada por la crítica romántica.

De *The Yale Review*, enero de 1923. Traducción de *Inter-América*.

## Miscelánea

Hay hombres que desde su juventud trazan los lineamientos de la obra futura. Todos sus anhelos convergen más tarde en un solo punto: el acabamiento simétrico del proyecto juvenil. Tales fueron los griegos, de mirada límpida y serena, armoniosos aun en los momentos de exaltación. Tales fueron ha poco Taine, Spencer y Comte.

Hay otros hombres cuyas obras no llegan a constituir un todo orgánicamente tratado. Estos son los ensayistas, autores de colecciones de bellos fragmentos, sin más unidad que la del estilo con que han sido escritos, dando a la palabra estilo su sentido etimológico. Su temperamento romántico los conduce fácilmente al diletantismo, a la superficialidad o a una perenne inquietud estéril.

Ortega y Gasset es un ejemplo de ensayista talentosísimo. Para probarlo, basta el volumen tercero de *El Espectador*. En sus páginas hay repetidas alusiones a las ideas de los vitalistas alemanes del período de la declinación

de la biología en Europa, todo ello en un lenguaje que suena a loa de iniciado. Otras veces, en lo tocante a problemas en plena discusión, hace con rotunda seguridad afirmaciones que exhalan un sabroso candor y una dulce certeza que las habilita para ser esgrimidas en las frases dialécticas.

Olvidando que la vida de un organismo es una unidad formada por el maridaje armonioso de funciones plurales; olvidando que la vida es la resultante de un equilibrio dinámico y que las funciones aisladas sólo cobran un sentido biológico cuando se integran en el conjunto, Ortega y Gasset trata de construir una escala de valores vitales, sin precisar—porque no podría él ni nadie hacerlo—lo que se entiende por *valor vital*.

La palabra vital ejerce una atracción malsana que induce a los autores a forjarse una biología arbitraria y colocar a su guisa lo que está más cerca de los impulsos de su corazón.

Poco importa que la fisiología nos enseñe en forma palmaria que las funciones de secreción interna (endocrina u hormonal, según quiera decirse) tie-

nen siempre estrechas relaciones con el medio externo. El Espectador sienta como premisa capital todo lo contrario, y, valiéndose de metáforas tan brillantes como ilícitas, habla y discurre de hormonas psíquicas y otras fantasías, sin cuidarse del peligro entrañado por la introducción de metáforas en un terreno donde las más recias batallas se han librado por palabras y contra palabras.

Así llega, con apariencias refulgentes de biólogo, al campo de la pedagogía, para exponer una doctrina que no es nueva en lo que tiene de bueno y no es—¡por fortuna!— realizable en lo que tiene de nuevo.

Ponga el lector a este trozo la firma de N. C. Laclau (*Revista de Filosofía, julio de 1923*) y la mía, porque he resumido procurando expresar a la vez mi propio pensamiento.

\*  
\* \*

Sin ciencia no hay técnica, pero sin curiosidad, agilidad mental, constancia en el esfuerzo, no habrá tampoco cien-

cia. El médico no será buen médico si no es un poco científico, y no será un poco científico si no es bastante inteligente. Ahora bien, es un error creer que a fuerza de enseñar técnica terapéutica se logrará dotar a un individuo de visión científica y mucho menos de hacerlo inteligente.

ORTEGA Y GASSET

(Esto, por ejemplo, no es nuevo, pero es bueno).

E. J. R.



\*  
\* \*

De la respuesta de José Ingenieros a una nota circular de Bergson, Presidente de la Comisión de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones, tomo las siguientes palabras:

Es forzoso reconocer que desde el comienzo de la guerra se ha notado un descenso en la moral política, en la moral económica, en la moral ordinaria y en la moral del periodismo. Se trata, por desgracia, de un hecho mundial. En política se han acentuado la intriga y la violencia; en lo económico son más graves los fenómenos de acaparamiento y trustificación; en las costumbres reina cierta licencia, complicada por la coreomanía y el uso de los estupefacientes; en el periodismo se ha perdido la vergüenza de mentir.

E. J. R.